

## Yilali Ben Salem Zerhuni el lusfi. Conocido como Muley Mohammed Ben Muley el Hassán Ben Es-Sultan Sidi-Mohammed Bu-Hamara. El Rogui

Ouled Yusef, en el monte Zerhoun, cerca de Mequinez, ¿1860? - Fez, 2 de septiembre de 1909

Marroquí, funcionario del Majzén de origen humilde y notable inteligencia. Haciéndose pasar por uno de los hijos de Mohammed I, trató de ser reconocido como sultán.

Al inicio del siglo XX, Marruecos parecía al borde de la descomposición. Tras la muerte, en 1894, del sultán Hassán I le sucedió su hijo favorito, Abd el-Aziz (ver biografía), joven de tan solo catorce años. El nuevo sultán gobernó inicialmente siguiendo la guía de Ahmed ben Musa, chambelán de su padre, a quien nombró gran visir. Sin embargo, a la muerte de este en 1901, Abd el-Aziz trató de modernizar el Majzén implantando una serie de reformas de carácter occidental, entre ellas la introducción de un nuevo impuesto, el *tertib*, que gravaba las propiedades y ganados, y que no estaba contemplado en el Corán.

Estas medidas y el apego del nuevo sultán a consejeros y asesores cristianos soliviantaron a la población marroquí. Muley Abd el-Hafid (ver biografía), uno de los hermanos del sultán, y una larga serie de pretendientes trataron de hacerse con el poder. Para alzarse contra un sultán que era amigo de los cristianos tan solo era necesario ser audaz y poseer la *baraka*, la bendición divina de la que, entre otros, disfrutaban los miembros de las familias chorfas descendientes del Profeta. Esas condiciones garantizaban el apoyo del pueblo marroquí.

Yilali Ben Salem Zerhuni el lusfi fue uno de estos pretendientes (*roguis*). Había nacido en una familia humilde que habitaba en el monte Zerhoun, cercano a Mequinez, y que no gozaba de la condición de chorfa, aunque le sobraba audacia. Inteligente y trabajador, realizó estudios coránicos y aún joven comenzó a trabajar para el Majzén y más tarde como secretario del jalifa de Fez Muley Omar ben Mohammed, hermano de Hassán I y tío del nuevo sultán.

Como parte de su formación siguió un curso de ingeniero-topógrafo impartido por los miembros de la comisión militar francesa en Marruecos que dirigía el coronel Thomas. Al parecer, durante ese curso contactó con el aventurero francés Gabriel Delbrel, entonces suboficial en esa comisión y que más tarde serviría a Yilali como jefe de Estado Mayor.

Su puesto como secretario de Muley Omar ben Mohammed, aparentemente privilegiado, significó su prisión y casi la pérdida de la vida. Habitualmente las muertes de los sultanes de Marruecos significaban guerras civiles al quedar al arbitrio de los ulemas la elección del sucesor del sultán fallecido. A la muerte de Hassán I, su chambelán, Ahmed ben Musa, trató de garantizar una sucesión pacífica encarcelando y sometiendo a vigilancia o destierro a numerosos miembros de la familia imperial. Una de las víctimas fue Muley Omar, quien en su caída arrastró a sus empleados y dependientes, entre ellos a Yilali, que fue encarcelado. Otra víctima fue Muley Mohammed, conocido como «el Tuerto», primogénito de los diecinueve hijos varones de Hassán I, quien fue encarcelado en la Dar-Majzén de Mequinez.

Cuando Yilali fue liberado de su prisión, conociendo desde dentro el funcionamiento y debilidades del Majzén y haciéndose cargo de la desordenada situación de Marruecos, trató de jugar sus cartas para hacerse con el poder. No siendo de familia chorfa, su primera acción fue hacerse pasar por el cautivo Muley Mohammed, quien para muchos marroquíes tenía más derecho al trono que su hermano pequeño.

### Jalifa

Por definición, lugarteniente del sultán; esto es, máximo representante del monarca alauí reinante en Fez, cuyo poder era puramente nominal al carecer de toda capacidad ejecutiva. Máxima autoridad del Protectorado de España, el poder real del jalifa era

nulo al depender de las atribuciones del alto comisario. El sultán alauí lo elegía entre los dos candidatos que el Gobierno español le comunicaba. Esta delegación de poderes al nuevo jalifa requería la subsiguiente autorización española.

Como Muley Mohammed era tuerto, Yilali imitó con habilidad este defecto. Además, al parecer, conocía ciertos trucos de ilusionista con los que deslumbraba a los crédulos campesinos marroquíes. Habitualmente montaba en una burra, por lo que pronto fue conocido como Bu-Hamara («el tío de la burra»).

Una vez establecida su nueva personalidad como hijo de Hassán I y aspirante al trono, Bu-Hamara se dirigió a la zona nororiental de Marruecos, región de habitual resistencia a la autoridad de los sultanes de Fez. Gracias a sus trucos de falsa magia pronto ganó el apoyo de algunas tribus, apoyo que se aseguró casándose con hijas de los notables de las cabilas. Los Rhiatas, los Branes, los Meknassa, los Tsoul..., todas las cabilas de la región próxima a Taza se ponen a disposición del falso sultán. Con su ayuda, derrota a una pequeña mehala del sultán enviada para capturarlo y, a continuación, pone sitio a la ciudad de Taza, que se le rinde en octubre de 1902.

Tomando Taza como su punto de apoyo, las fuerzas de Bu-Hamara derrotaron a las sucesivas mehalas enviadas desde Fez. El día 20 de diciembre de 1902 fue derrotada una mehala de cinco mil hombres que mandaba uno de los hermanos del sultán, Muley Abderramán Lakbir. Entre el botín obtenido Bu-Hamara se hizo con una docena de cañones de montaña. El sultán reforzó a la derrotada mehala, hasta los quince mil soldados, que fueron batidos nuevamente por las fuerzas mucho menores de Bu-Hamara.

Las noticias de las derrotas de las tropas del Majzén alcanzaron todos los rincones de Marruecos, creciendo el prestigio de Bu-Hamara y dando lugar a nuevas sublevaciones contra Abd el-Aziz. El Raisuni (ver biografía), Ma-el-Ainín, las cabilas del Atlas Medio..., todos se sublevaron contra el debilitado Majzén, que debe dispersar sus fuerzas para hacer frente a tantas amenazas.

Cuando todos esperaban que Bu-Hamara se dirigiese hacia Fez, casi abandonado por las tropas del sultán, sus seguidores se encaminaron hacia el este, hacia Uxda, y desde allí, descendiendo a lo largo del Muluya, alcanzaron el Mediterráneo y las proximidades de Melilla.

Pronto Bu-Hamara estableció contactos, más o menos cordiales, con las autoridades militares de la plaza española, cuyo comandante era el general Marina (ver biografía). Simultáneamente inició negociaciones con los numerosos representantes de compañías mineras que en esos años actuaban en la zona. Para estos, el dominio de El Rogui sobre la región les garantizaba la seguridad para iniciar prospecciones mineras.

Bu-Hamara autorizó estas prospecciones, firmando concesiones, como si fuese el auténtico sultán, a cambio de cuantiosas compensaciones económicas. Dos sociedades, la Compañía Española de las Minas del Rif (CEMR) y la Compañía del Norte Africano (CNA), se constituyeron en 1905 para explotar las menas próximas a Melilla.

La CEMR comenzó las extracciones de mineral de hierro en el monte Uixan, mientras que la CNA extraía plomo argentífero en el monte Afra, ambos en la cabila de Beni Bu Ifrur. Las dos compañías iniciaron la construcción de sendos ferrocarriles de vía estrecha que permitiesen la exportación del mineral a través del puerto de Melilla. En la mayor parte de su recorrido ambos ferrocarriles discurrían en paralelo y en su construcción se emplearon obreros españoles y marroquíes.

Todas estas actividades eran llevadas a cabo bajo la protección de Bu-Hamara, que había establecido su cuartel general en la alcazaba de Zeluán y que imponía su autoridad entre las cabilas de la zona por medio de crueles castigos.

Esta dureza llegó a tal extremo que muchos notables de las cabilas próximas a Melilla, que en 1893 habían luchado contra los españoles y volverían a hacerlo a partir de 1909, se

refugiaron en la ciudad, prefiriendo la hospitalidad de los odiados cristianos de Melilla a las exacciones de Bu-Hamara.

Otra inmigración a Melilla, forzada por la inseguridad de la zona oriental de Marruecos, fue la de unas doscientas familias hebreas, que provenían de Taza y Uxda y que fueron acogidas y socorridas por el Gobierno español. No eran sefarditas, sino hebreos que habitaban la región desde antes de la llegada del islam.

Todas estas crueldades y la actitud del Gobierno español, que, tras la Conferencia de Algeciras en 1906, se convirtió en activo defensor del nuevo sultán, Abd el-Aziz, acabaron con las expectativas de Bu-Hamara.

España se negó a proporcionar las armas y municiones que El Rogui solicitaba. Además, acogió en la ciudad y cooperó en la evacuación por vía marítima de los supervivientes de la mehala del sultán que guarnecía la alcazaba de Farjana, que había sido derrotada por Bu-Hamara.

Sin embargo, para El Rogui el principal problema radicaba en la oposición de algunas tribus del Rif que se negaban a someterse y a pagar los impuestos que les reclamaba. Entre las cabilas más refractarias a la autoridad del falso sultán destacaba la Beni Urriaguel, que tan famosa se haría en años posteriores.

Ante esta insubordinación que amenazaba su prestigio Bu-Hamara envió, en septiembre de 1908, una mehala compuesta por mil infantes y mil jinetes, que debía castigar a las cabilas de Beni Urriaguel y Bocoya. La mehala estaba mandada por uno de sus lugartenientes, Filali, antiguo askari de las tropas negras del sultán.

Filali fue vencido por la unión de las cabilas de Beni Urriaguel, Bocoya, Tensaman y Beni Tuzín. El combate tuvo lugar cerca del río Nekkour, en la bahía de Alhucemas. Tras la derrota, las fuerzas de Filali emprendieron el repliegue hacia la alcazaba de Zeluán. En su retirada, que pronto se convirtió en fuga desordenada, los soldados de Filali se vieron acosados por todas las cabilas que atravesaban en su huida, hasta entonces aparentemente sometidas a Bu-Hamara. Para los vencidos no hubo piedad, siendo masacrados en su mayoría. En definitiva, siguieron la misma suerte que trece años después sufrirían los vencidos soldados de Silvestre (ver biografía).

Esta derrota supuso la unión de todas las cabilas de la región y el desprestigio del falso sultán Bu-Hamara. Este reunió a sus fuerzas leales, muy mermadas no tanto por las pérdidas sufridas en combate como por la desertión, y abandonando la alcazaba de Zeluán se retiró hacia el interior en dirección a Taza.

Aunque las cabilas que le habían vencido no le persiguieron, El Rogui debió enfrentarse en su huida con nuevas mehalas enviadas por el sultán Abd el-Hafid, que había destronado y sustituido a su hermano Abd el-Aziz en enero de 1908. Su suerte estaba echada y tras ser derrotado, casi sin combate, fue tomado prisionero por las tropas del sultán.

Lo sucedido en las últimas semanas de su vida es realmente espeluznante. Encerrado en una jaula fue trasladado hasta Fez a hombros de sus propios seguidores tomados prisioneros.

Dada la situación de anarquía que sufría Marruecos, el sultán Abd el-Hafid estaba obligado a castigar la sublevación de Bu-Hamara de manera ejemplar, de forma que la desaparición de este falso sultán alcanzase los más remotos rincones del Imperio y todos los marroquíes quedasen amedrentados por la dureza del castigo.

Existen relatos coincidentes de varios representantes europeos en Fez del castigo impuesto. Tras una serie de desfiles de los prisioneros seguidores de Bu-Hamara, en los que

marchaban encadenados dos a dos, habiéndoseles amputado un brazo o un pie de forma alternativa, todos fueron decapitados y sus cabezas colgadas en los muros y puertas de la ciudad. Por su parte, el falso sultán, Yilali Ben Salem Zerhuni el lusfi, fue arrojado a una jaula de leones, que al parecer no le atacaron y fue muerto a tiros de fusil.

Cabe preguntarse si la actuación de Bu-Hamara fue resultado exclusivo de su propia iniciativa o si fue el agente de alguna de las potencias extranjeras que entonces revoloteaban alrededor de Marruecos para acabar con su independencia.

Lo cierto es que durante los siete años que agitó el noreste de Marruecos contribuyó a que el Majzén no solo agotase sus recursos militares y económicos sino también a que el sultán quedase desprestigiado. Todo esto facilitó la actuación francesa y, en menor medida, la española a partir de 1909.

La desaparición de El Rogui de las proximidades de Melilla fue un grave inconveniente para las prospecciones mineras. Si hasta ese momento las compañías mineras debían compensar generosamente su colaboración, lo cierto es que la tranquilidad reinaba en la región. Su autoridad, aunque fuese impuesta por medios crueles, era respetada en toda la Guelaya y al desaparecer, cada uno de los notables de las cabilas se consideró autorizado para exigir a las compañías mineras las mismas compensaciones económicas que había recibido El Rogui. Para colmo, estos pagos tampoco garantizaban la seguridad de la región.

Para Ruiz Albéniz, el Tebib Arrumi, que en esos años era médico de la CEMR y pasaba como experto en la región, dejando caer a El Rogui España actuó en contra de sus propios intereses, ya que este garantizaba la paz en las cercanías de Melilla.

Lo cierto es que en esta ocasión, como en toda su actuación en Marruecos, España actuó en completa coherencia con los compromisos que había firmado y siendo leal con el sultán legítimo. El inmediato resultado de esta coherencia y lealtad fue la campaña de 1909, con la pérdida de cientos de vidas y de varios cientos de millones de pesetas de la época.

J. A. S.

#### Bibliografía

---

Cano Martín, José Antonio, *Bu Hamara y Melilla*, Melilla, Marfe, 1989.

Dunn, Ross E., «Bu Himara's European Connexion: The Commercial Relations of a Moroccan Warlord», *The Journal of African History*, vol. 21, n.º 2, 1980.

Maldonado Vázquez, Eduardo, *El Rogui*, Tetuán, Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-Árabe, 1958.

Mounir, Omar, *Bou Hmara, l'homme à l'ânesse*, Rabat, Marsam, 2012.